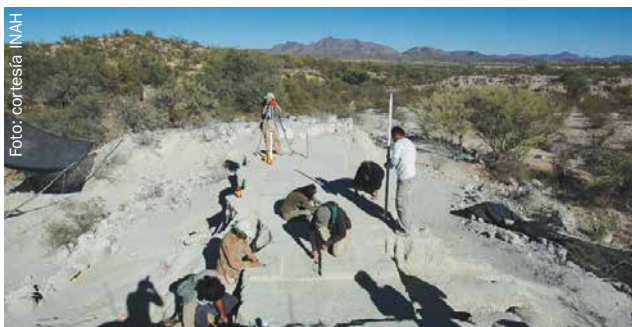


Origen de la cultura Clovis

Evidencias arqueológicas encontradas en Sonora, México, muestran que un grupo de cazadores recolectores ya habitaba el sitio hace 13 400 años. Cazaban, entre otros animales de gran tamaño, gonfotéridos, de la familia Gomphotheriidae, parientes de los elefantes que vivieron hace 12 millones de años y se extinguieron hace cerca de 10 000.

Los pobladores más antiguos de Norteamérica pertenecían a la cultura Clovis, llamada así por las herramientas que desarrollaron y que fueron descubiertas en Clovis, Nuevo México, en los años 30. Eran cazadores de megafauna, en especial de mamuts.

Investigadores del Instituto de Geología de la UNAM, de la Universidad de Arizona y del Instituto de Antropología e Historia, el INAH, encontraron en el yacimiento arqueológico El Fin del Mundo, a 230 kilómetros al noreste de Hermosillo, Sonora, siete puntas de lanza típicas de la cultura Clovis, herramientas para cortar, lajas de piedra que se desprendían durante la construcción de estos objetos y restos óseos de dos gonfotéridos. Estos animales habitaron en todo el mundo, salvo en la Antártida y Australia. Se distribuyeron por toda América, pero se pensaba que habían desaparecido de Norteamérica antes de la llegada de los seres humanos, hace aproximadamente 13 500 años.



Sitio El Fin del Mundo, Sonora.

Por los sedimentos estudiados, los arqueólogos concluyen que el ambiente en el sitio era muy diferente al desierto árido y de clima extremadamente cálido que conocemos hoy en esta región de Sonora. Los restos de los gonfotéridos estaban cubiertos de diatomeas, lo que sugiere que el sitio se hallaba bajo el agua, probablemente la de un lago poco profundo o un pantano.

El hallazgo es especialmente importante porque sugiere que la cultura Clovis pudo originarse en el suroeste de los Estados Unidos y el norte de México y no más al norte del continente, como se pensaba hasta ahora. En el sitio se encontró también una zona habitacional que seguramente será fuente de más información acerca de esta cultura.

Los resultados de la investigación se publicaron en la revista *Proceedings of the National Academy of Sciences*, en julio pasado.

Blanco o negro

Los humanos tendemos a ver las cosas en dos extremos: blanco o negro. Al menos en una primera aproximación.

El *pensamiento dicotómico*, que reduce cualquier situación a dos polos —bueno o malo, tóxico o inocuo, natural o artificial, día o noche, racional o irracional— forma parte de nuestra naturaleza. En ciencia, una dicotomía importante es cierto/falso. Pero, como se dijo en la entrega anterior de esta columna, no siempre la ciencia puede satisfacer esa exigencia: a veces responde “no se sabe”, o “depende”.

Sergio de Régules, coordinador científico de *¿Cómo ves?*, ha definido el maniqueísmo, la tendencia a ver las cosas en blanco o negro, como “el síndrome de la mesa de boliche”. Todo el que haya jugado un partido de bolos conoce la alargada pista (la mesa) por la que la bola rueda buscando golpear los pinos e, idealmente, hacer una chuzca. Y todos, al menos como principiantes, hemos visto con desesperación cómo una y otra vez, a pesar de nuestros esfuerzos, la bola inevitablemente se va por una de los dos canales que bordean la mesa, para ir a parar a la nada.

Pues bien: De Régules compara la forma de pensar que muchas veces aplicamos al juzgar ciertas situaciones con una mesa de boliche: insistimos en ver uno u otro extremo. Exigimos que la realidad se ajuste a nuestro pensamiento dicotómico, y rechazamos cualquier explicación que requiera aceptar la existencia de diversos tonos de gris, de explicaciones intermedias, de matices, de visiones relativas, no absolutas, en donde juzgar las cosas dependa del contexto.

El síndrome de la mesa de boliche resulta dañino no sólo a nivel personal, sino como sociedad. Lleva a visiones radicales como la de “si no estás conmigo, estás contra mí”, que forma parte del camino a la guerra. Y nos lleva también a hacernos de enemigos innecesarios, al descalificar a quienes adoptan posiciones intermedias en un conflicto, y exigiendo que todos los involucrados “se definan” por uno de los dos extremos. Cuando el pensamiento en blanco y negro domina, los moderados son vistos como enemigos por los dos bandos.

Una de las cosas que nos enseña la ciencia —y también la filosofía— es que las cosas nunca son tan sencillas. Que cuando se analizan con profundidad, lo que parecía simple y reducible a un “sí” o “no” se convierte en un “quizá”, en un “depende”, en una gama de posibilidades que resulta mucho más interesante de explorar.

No: el mundo no es como una mesa de boliche, sino más bien como un amplio y libre campo de juegos.

comentarios: mbonfil@unam.mx